

festó la causa que lo producía. Al punto se levantó el Santo de la mesa, fué á quitar la tabla que cubría el pozo, y encontró al niño jugando sobre el agua. Tan luego como le sacaron, se postró la madre ante el Santo para manifestarle su gratitud, asegurando que lo había visto impidiendo que se hundiese en el agua, y conservándole de esta manera la vida.

Al llegar á Antioquía, se dirigió san Juliano á una de las cavernas situada en la cumbre de una montaña, en donde se decía que se había ocultado durante algún tiempo el apóstol san Pablo. Allí cayó en una fiebre ardiente, que tuvo bastante inquieto á Acacio, temiendo que esta enfermedad impidiese el bien que se había propuesto con su venida; pero el Santo le dijo: « No te aflijas, hijo mio, pues si mi salud es necesaria para la salvación del pueblo, Dios me la dará. » Diciendo estas palabras, se postró en tierra para orar, y se encontró curado ántes de terminar su oración. Acudió una multitud inmensa á verle, y al mismo tiempo curó á un gran número de enfermos.

En seguida se dirigió á la asamblea que celebraban los ortodoxos en la plaza de armas, á la que concurrió toda la ciudad con objeto de verle. Al pasar por la puerta del palacio imperial, curó á un pobre paralítico, que levantó su mano para tocar el hábito del Santo. Habiendo caído también gravemente enfermo el conde de Oriente, lo curó con su oración. Tantos milagros, cuya autenticidad no podían negar los mismos herejes, hubieran debido bastar para convertirlos; pero á lo ménos sirvieron para poner de manifiesto sus imposturas, para cubrirlos de confusión, y para confirmar á los católicos en la fé de la Iglesia y llenarles de consuelo.

Después que este gran taumaturgo hubo dado público testimonio de su fé, creyendo haber cumplido el objeto que le había traído á Antioquía, se apresuró á volver á su

querida soledad, que únicamente había dejado por la gloria de Dios y por las necesidades de su Iglesia. Pues como hace notar Teodoreto, estos ilustres solitarios que todo lo hacían con oportunidad, permanecían siempre en el desierto, y únicamente lo dejaban cuando el servicio de Dios lo exigía.

Al volver á su caverna, pasó por Ciro, hospedándose en la iglesia de san Dionisio, mártir. Los arianos habían llamado á ella á uno de sus obispos llamado Astero, hombre muy versado en las sutilezas de los sofistas, y había peligro de que la sencillez de los fieles fuese sorprendida con su artificiosa elocuencia. Los pastores católicos se aprovecharon del viaje del Santo para rogarle que les ayudase con sus consejos y oraciones en el trance en que se encontraban. Les exhortó á que confiasen en el Señor, á que uniesen sus oraciones á las suyas para alcanzar los auxilios del cielo, y que añadiesen algunas prácticas de mortificación. Sus consejos fueron seguidos, y Dios no tardó en manifestar de una manera sensible cuán agradables le eran: pues Astero cayó enfermo el día ántes de la fiesta en que debía predicar, y murió á las pocas horas. « Sucedióle, dice Teodoreto, lo mismo que á Balaam, que, habiendo sido llamado para que maldijese al pueblo de Dios, fué muerto por un israelita, recibiendo el castigo que merecía. »

Por último, llegó san Juliano á su desierto, en donde vivió mucho tiempo con sus discípulos, y fué á descansar en el seno de Dios de los trabajos, que por su gloria había sufrido en este mundo miserable. No se dice cuanto tiempo vivió, ni en que año murió: sin embargo, se deduce de Teodoreto, que era muy anciano, cuando fué á Antioquía para combatir á los arianos, lo cual acaeció hacia el año 372. Hacía entónces más de cuarenta años que era monje, y durante este tiempo no había visto ni una ciudad

ni una mujer. Lo cual induce á creer que se retiró al desierto hacia el año 330. Los griegos celebran su memoria el 18 de octubre, y el Martirologio Romano el 14 de enero. Sozomeno dice que san Efrén escribió su vida; pero la confunde con la de otro Juliano.

Hemos dicho que nuestro Santo tuvo muchos discípulos, siendo los principales Jacobo el Persa y Agripa, á quién despues de la muerte del Santo quiso encomendarse el gobierno de la comunidad; pero prefiriendo obedecer á mandar, se retiró al lado de san Eusebio, abad de Corifo ó de Teledan, como hemos dicho en la vida de este Santo. En cuanto á Astero, en cuyo favor hizo brotar san Juliano una fuente en medio del desierto, dice Teodoreto que pertenecía á una familia muy distinguida, y que habia sido educado con mucho esmero. Era muy jóven cuanda vino á ponerse bajo la dirección de san Juliano; pero tenia una gran fortaleza de espíritu, con la cual superaba la debilidad de su cuerpo. Permaneció durante mucho tiempo al lado de tan excelente maestro, y se aprovechó tan perfectamente de sus consejos, que se hallaba en disposición de dirigir una numerosa comunidad, como lo hizo en Gindaro, aldea de la diócesis de Antioquía, á siete jornadas de la caverna de san Juliano, lo cual debió tener lugar hacia el año 355, según la cronología de Tillemont. No dice Teodoreto el motivo por el cual se retiró á este paraje, indicando sólamente que lo hizo movido por el espíritu de Dios, que quiso servirse de él para informar á otros muchos en la virtud.

Astero conservó siempre una profunda veneración á su santo Padre, así como una caridad la más tierna hacia los religiosos que vivian con él, á quienes amaba como á discípulos. Así es que no dejaba de visitarlos con la posible frecuencia, llevándoles tres ó cuatro caballos cargados de higos y otras provisiones. Pero los que destinaba para san

Juliano los cogía por sí mismo, y los llevaba sobre sus espaldas, no permitiendo que se le ayudase en esta carga, que llevaba con tanta satisfacción como reconocimiento. Viéndole un dia Juliano llegar cargado con su ofrenda, le dijo que no permitiría comer aquellos higos, porque no era justo que se recrease con un alimento que tanto trabajo habia costado al que se la llevaba; pero Astero le respondió que no se quitaría la carga, mientras que no le prometiese comerlos. Lo haré, dijo entónces, pero descargaos ahora.

Astero atrajo á su monasterio, entre otros discípulos, á Acacio, que fué más tarde obispo de Berea, y á quién desde la infancia instruyó en los ejercicios de la vida monástica. En ella hizo grandes progresos, y alcanzó gran reputación de virtud. Fué elevado al sacerdocio, y gobernó un monasterio en las inmediaciones de Berea ó de Chalcida. El buen concepto que de él se tenia formado movió á Flaviano, á Diodoro y á san Afraato á enviarle juntamente con Astero, su maestro, á que convenciese á san Juliano de la necesidad de defender la fé, como ya hemos visto. Fué también comisionado para visitar á san Basilio, y pedirle consejo para triunfar de la persecución de Valente. Él fué quién, en unión de un abad llamado Patel, comprometió á san Epifanio á componer su grande obra contra los herejes, llamada *Panarium*, como hemos dicho en la vida de este Santo. La persecución que ambos sufrieron de parte de los arianos, que incendiaron sus monasterios, les valió una carta de consuelo y de felicitación de parte de san Basilio, fechada en 377.

En este mismo año ó en el siguiente pasó Acacio á Roma, para gestionar ante el Papa Dámaso la condenación de la herejía de Apolinar. Es de suponer que fuese comisionado para ello por los católicos de Siria, que conocian

su ciencia profunda y su eminente virtud. Por último, habiendo regresado de su destierro Eusebio de Samosata, dió obispos á diferentes iglesias de Siria, y entre otros Acacio fué elegido para la de Berea en la primera Siria, al oriente de Antioquía. Esto debió suceder hacia el año 379, pues san Eusebio murió el 380. Teodoreto tributa grandes alabanzas á Acacio, llamándole varón admirable y de una gran reputación. Dice que no sólo se distinguió en la vida religiosa, sino que conservó sus prácticas durante los cincuenta y ocho años que ejerció el oficio de vigilantísimo pastor. Le llama también atleta de la virtud, cuyos méritos se publicaban por todas partes, y le dá otros títulos que indican el gran concepto en que se le tenía. Sozomeno y otros muchos hablan también de él con mucho encomio, y nosotros quisiéramos al mismo tiempo tributarle mayores elogios; pero oscureció su gloria con la conducta que observó con san Juan Crisóstomo, haciéndose instrumento de la pasión de Teófilo de Alejandria contra el Santo, y siendo despues de éste el caudillo de sus perseguidores. Esto nos impide consagrarle un capítulo especial, y colocarle al lado de otros santos, como le hubieran merecido sus virtudes, si no las eclipsase esta falta.

---

#### SAN ABRAHAM, SOLITARIO Y OBISPO DE CANES <sup>1</sup>

La historia de san Abraham, de quién hablamos aquí, tiene alguna semejanza con la de san Abraham, sacerdote y amigo de san Efrén, de que ya hemos tratado; pero son

<sup>1</sup> Teodoreto, los Bolandistas, Vit, PP.

tan diferentes las circunstancias, que se hace preciso distinguirlos. Teodoreto, que lo coloca entre los santos solitarios que más se distinguieron por sus edificantes virtudes, dice que fué un fruto producido por la ciudad de Ciro, en donde nació, y fué educado y enriquecido con los tesoros celestiales de la soledad. En efecto, se consagró al laborioso ejercicio de la mortificación religiosa con un fervor extraordinario; pero sus prolongados ayunos, sus vigiliass y el hábito de estar siempre de pié, le debilitaron hasta el punto de impedirle andar. Dios, que queria hacerle pasar por estas primeras pruebas, para que se fortaleciese en una paciencia superior á todos los trabajos que le preparaba, le devolvió la salud, y Abraham, penetrado de reconocimiento por este favor, que le ponía en disposición de ejercitar su celo por la gloria divina y su amor por los sufrimientos, creyó que no podía manifestárselo de otra manera mejor que consagrándose á los trabajos. Con esta intención, y sabiendo que habia en el monte Líbano una aldea, en que reinaban la impiedad y el culto de los ídolos, ocultó con alguno de sus compañeros su cualidad de monje visitándose de mercaderes, y fingiendo ir á comprar nueces, que era el principal comercio del pais.

Alquiló una casa, como si quisiese establecer allí su negocio; pero despues de haber guardado silencio durante tres ó cuatro dias, se le oyó cantar, aunque en voz baja el oficio divino, lo cual bastó para que los idólatras se previniesen contra él. A voz de pregonero fué congregado todo el pueblo, y hombres, mujeres, niños y ancianos cercaron la casa, y abriendo un agujero en la techumbre, empezaron á echar tierra, con el fin de ahogarle con sus compañeros.

Léjos de ofenderse por tan malos tratamientos, continuaron alabando á Dios, y su paciencia no pudo ménos de causar admiración á los más ancianos de entre los idóla-